

MIGUEL BELTRÁN, PASIÓN POR EL ESTUDIO

Ricardo Montoro Romero
Catedrático de Sociología. UAM

1. ANTECEDENTES

Corría el año 1968 cuando se creó la Universidad Autónoma de Madrid. Fue un intento del Gobierno de Franco por crear un modelo universitario paralelo y distinto al que entonces existía por dos razones fundamentales: para evitar la excesiva politización que vivían las Universidades españolas en ese momento (especialmente, la Complutense), y, en segundo lugar, para probar un nuevo sistema educativo totalmente distinto, con número limitado de alumnos, con sistema de evaluación diferente, planes de estudios distintos, y una autonomía que no existía en otras Universidades.



Miguel Beltrán

Se crearon dos Universidades de ese tipo: una en Madrid y otra en Barcelona. En el caso de la de Madrid, se le encargó a Luis Sánchez Agesta su fundación; y éste, a su vez, recurrió a Miguel Beltrán para que asumiese el papel de lo que hoy sería Secretario General. Ambos dos y sin apenas recursos, utilizando unos viejos edificios sitios en el Parque del Retiro, en muy pocos meses, arrancaron el proyecto y lo pusieron en marcha en el curso 1968-1969. Ahí nació la Universidad Autónoma de Madrid. Es lamentable que la señera figura de D. Luis haya quedado tan ensombrecida. Una figura intelectual y política de primera fila, a la que no se ha rendido el tributo suficiente por tan buena labor realizada. Y, al menos en lo referente a la fundación de la UAM, igualmente poco conocido es el papel que jugó Miguel Beltrán en su fundación, creándola de la nada y en condiciones no precisamente buenas.

En el campo de la Sociología, atraídos por el proyecto y por sus iniciadores, hicieron su aparición en esta nueva Universidad Juan José Linz, Amando de Miguel, José Jiménez Blanco, Víctor Pérez Díaz y tantos otros que, casi de inmediato, ocuparían posiciones de especial relevancia en la Sociología nacional.

2. EL ESTUDIOSO

Lector voraz y disciplinado como he conocido a pocos, Miguel es de los pocos que quedan que no lee, sino que estudia. Es un concepto clásico de estudio que exige horario, disciplina, y una demanda impuesta a sí mismo de que hay que hacerlo. Sigue la tradición del Seminario de D. Francisco Murillo, de Granada. Un lugar donde, sin ordenadores y casi sin comunicación con el exterior, se reunían a estudiar en silencio una serie de personas de las que luego conformarían lo mejor de la Escuela Mudéjar en su segunda generación. En la esquina, con el privilegio de una mesa para él sólo, el Catedrático (o sea, D. Francisco). En otra esquina, con privilegio de mesa única, el Adjunto. Y en la gran mesa central, el resto de jóvenes, sentados uno al lado del otro. Y todos estudiando en silencio. Como en una Biblioteca. Miguel cuenta todavía una preciosa anécdota. En el silencio de la sesión de estudio, se oye una tímida voz de alguien sentado en la gran mesa central que pregunta: “D. Francisco, ¿puedo utilizar el sacapuntas de la Cátedra?” A mediodía, parada y fonda; todos a casa, caminando, a comer y a echar una cabezadita si acaso. Y, por la tarde, de vuelta al Seminario para seguir estudiando en silencio, hasta la anocheada. No me negarán que la escena está más próxima al centenario pasado universitario español e, incluso, a la vida monástica de siglos atrás, que a lo que ha ocurrido tan sólo una o dos décadas después. No es de extrañar que alguien como Miguel, que se ha criado intelectualmente en una atmósfera así, siga estudiando como lo hace en estos momentos. Y tampoco sería malo que los jóvenes de Internet tomasen buena nota.

Su afán de conocimiento no es moderno, sino clásico. Todo lo busca y todo le interesa. En el moderno estilo de la especialización, donde nos movemos actualmente, trabajamos orientados a objetivos, y manejamos materiales casi exclusivamente en función de esos objetivos, Obviamente, Miguel también lo hace cuando tiene que resolver un trabajo; pero en su actividad normal intelectual, la cotidiana, le gusta transitar en espacios mucho más abiertos, conocerlo todo, que no se le escape nada. Incluso, cuando hay algo a lo que no ha llegado, se le ve incluso sufrir. Eso le hace ser un enorme conocedor de muchas cosas, algo que es muy apreciado por los que le conocen menos, y que llega a impresionarles con toda razón. Ya quedan pocos de estos.

Contaré un reciente ejemplo para ilustrar mi narración. Hace poco tiempo, Miguel volvió a leer un artículo mío de 1981, en el que se hacía una referencia a un artículo de un libro colectivo en inglés de los años setenta. Como se pueden imaginar, yo ni me acordaba casi de la existencia de ese artículo, y mucho menos de la cita, claro. Pues bien, hete aquí que se mete en mi despacho, y me pregunta si yo tenía ese material referenciado. Obviamente, le indiqué que no tenía ni idea, y que, además, probablemente no lo tuviese por una sencilla razón: buena parte del material de ese artículo lo recogí durante mi estancia en los Estados Unidos, a finales de los setenta, conque lo más seguro es que estuviese en una de las múltiples Bibliotecas de la Universidad de Berkeley, que son las que yo pateé. Cualquier otro hubiese dejado el tema ahí, porque, realmente, tampoco valía la pena después de tantos años. Pero Miguel no. Así que, no contento con la explicación, impelido por esa disciplinada exigencia de conocimiento que le mueve, siguió indagando por su cuenta hasta que, dos días después, me viene todo feliz al despacho para decirme que ya lo ha conseguido.

3. EL FUNCIONARIO

Miguel Beltrán es un funcionario, un gran funcionario. Hay que tener una gran visión institucional y un gran amor a lo público para ser un gran funcionario, y Miguel tiene esas dos cosas. Curiosamente, como es bien sabido, todos los Catedráticos de Universidad somos funcionarios, porque lo de *Catedrático* es un cuerpo superior de la Administración Pública, como lo son los Abogados del Estado o los Inspectores de Hacienda, ni más ni menos. Pero es bien sabido que a la gran mayoría de los Catedráticos no les gusta reconocer que son funcionarios, como si eso ocultase su verdadera identidad de científicos, intelectuales o artistas. Se equivocan, sin duda. La condición de funcionario es un privilegio, e implica una enorme responsabilidad. Los funcionarios cobramos nuestro salario del dinero de los contribuyentes, y, además, gozamos de estabilidad en el empleo a lo largo de nuestras

carreras y de nuestras vidas. Estamos para servir en lo público, porque es lo público lo que nos alimenta y nos define. Y eso es un honor, y convendría valorarlo en todo lo que vale. Sin embargo, es frecuente que se antepongan los valores de superioridad intelectual y entrega científica a nuestra condición funcional; como si estuviesen reñidos, cuando no es así.

Miguel es dos veces funcionario, aunque, realmente, habría que decir que cuatro veces funcionario, porque ha pisado cuatro cuerpos. Antes de haber sido Catedrático, se hizo Técnico de Administración Civil en 1963, y como era de esperar, ingresó en ese cuerpo con el número uno de su promoción. Veinte años después, en 1983, se hizo Catedrático, pero antes había sido Profesor Adjunto y Profesor Agregado. Realmente, por razones salariales y de manutención de su familia (ha tenido tres hijos que mantener), sólo pudo dedicarse exclusivamente a la Universidad cuando alcanzó la Cátedra, salvo algún período excepcional. ¡Cualquiera lo diría! Aquí no hay nada que ocultar, porque no hay nada vergonzoso. Todo lo contrario.



Miguel Beltrán con Ricardo Montoro (autor de este artículo)

Hay que celebrar la manera en que Beltrán ha desarrollado su intensísima carrera científica e intelectual en la Universidad al tiempo que prestaba su otro servicio público en la Administración, desde muy distintos puestos y cargos de responsabilidad, incluyendo la gran aventura de ser Secretario General Técnico de Presidencia del Gobierno en el año 1981, después del golpe de estado de Tejero, y como muestra de su afán de colaboración y de entrega a lo público. Así que hay dos Beltranes que, en el fondo, son solo uno. Quizá se entienda así mejor su vocación universitaria de estudiar las administraciones públicas a la vez que las ejercitaba con intensidad. La experiencia de Beltrán en la Administración Pública durante veinte años le ha dado un conocimiento de la realidad organizativa pública de un valor inconmensurable, y eso puede apreciarse en sus trabajos sobre organización y burocracia. Otros teorizarán sobre el tema. Miguel lo conoce en primera persona, y sabe de lo que habla.

4. EL DIRECTOR DE DEPARTAMENTO

En el año 1986 Miguel fue nombrado Director del Departamento de Sociología de la UAM, y, al reclutarme como Secretario del Departamento, a partir de ese momento empezamos realmente nuestra relación íntima que perdura hoy día.

Esta concepción de las cosas, que he puesto en marcha allá donde me ha tocado prestar servicio público, la forjé realmente trabajando con Miguel Beltrán; y, lo más curioso es que la forjé desde una posición que él no comparte, la individualista. Nuestro encuentro en lo institucional desde perspectivas personales, ideológicas y científicas tan distintas confirma la fuerza y el poder de cohesión de las instituciones.

El amor y el respeto a la Institución como una entidad que supera al individuo, pero que consigue que el individuo se perfeccione y saqué lo mejor de sí mismo. Eso es lo que aprendí de él viéndole dirigir el Departamento. Trabajar por la institución ayudando a todo el mundo más allá de lo posible y al margen de simpatías o antipatías. Para Miguel, una clase es sagrada, como lo es un alumno. Miguel no ha entendido nunca el absentismo del profesor, aunque sea el leve o cotidiano. Además, como es persona muy madrugadora, todavía lo recuerdo apostado en la puerta de un aula de mi departamento a primera hora de la mañana, y resoplando porque el profesor no llegaba a tiempo (obviamente, por elegancia me callo el nombre del profesor). Los Consejos de Departamento que él dirigía eran verdaderas clases de Derecho Administrativo, de las que yo tomaba buena nota, y que luego tanto me sirvieron en mi paso por la Universidad de Valladolid. Pocos profesores que no sean juristas ni administrativistas conocen la importancia de dominar la Ley de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común cuando se asumen cargos de responsabilidad de las Universidades. Es, otra vez, esa inveterada manía profesoral de sentirse distinto y hasta superior al resto de los mortales la que impide aplicar el sentido común, y formarse mínimamente para hacer un trabajo que no es el de profesor. Yo aprendí con Miguel su importancia y significado si uno tiene como tiene que transitar por la gestión universitaria.

La presencia de Miguel en los órganos universitarios ha sido siempre espectacular, como pueden testimoniar decenas de colegas. Eran muy temidas sus defensas a ultranza de alguna posición, y siempre desde el convencimiento más profundo, desde la honestidad más severa. Pero hay otra dimensión en la política universitaria que se parece algo a la política general. Es la del regateo en corto, la finta apropiada, la voz en cuello seguida de la palmada en el hombro. Y, en el caso universitario, la resistencia numantina ante las incesantes pretensiones de otras instancias del Campus. Y aquí es dónde la bonhomía y la honestidad de Miguel le jugaron a él y a todos los que trabajábamos con él, algunas malas pasadas. A fin de cuentas, es un error de principio: en este plano político, Miguel nunca entendió que alguien podía hacer algo que él nunca haría. Y, además, su visión universitaria es tan avanzada, tan abierta y tan generosa que siempre ha chocado con la cruda realidad que es, casi, exactamente lo contrario: retrógrada, cerrada, y cicatera por lo común; próxima al sálvese quién pueda.

Durante su estancia como Director del Departamento, Miguel acogió iniciativas del exterior con su política de brazos abiertos y ante mis constantes quejas (y la de los demás, dicho sea de paso). Iniciativas que muy pronto mostraron que no eran las correctas simplemente porque violaban el principio territorial que define rígidamente la Universidad española. Él siempre tuvo razón cuando actuaba así; y siempre se equivocaba. Quizá por ese doble motivo, mi cariño y mi respeto hacia su persona se acrecentaban a medida que crecían los problemas; y lo mismo pasaba entre los colegas más próximos. Además, había que ver la pasión desmedida que ponía en todo esto. El empeño, el sufrimiento, la exaltación. Miguel Beltrán en plena ebullición en una preciosa escena en su despacho, digna del gran Miguel Ángel, arrojando con furia el llavero al suelo. ¡Eran sus mejores momentos!

¡Cuántos profesores se han beneficiado de toda su poderosa iniciativa! Y, también, qué pocos se lo agradecieron jamás. Miguel ha dado batallas indescriptibles por defender a profesores porque entendía que era su obligación. Son las crueldades y miserias de la vida académica llevadas hasta el paroxismo. Pero esa era su grandeza, lo que muy pocos podrán hacer nunca, lo que yo siempre he admirado de él y pocas veces he visto en mi vida universitaria.

5. EL CATEDRÁTICO DE UNIVERSIDAD

Miguel Beltrán es un Catedrático de Universidad. Entiende su papel al modo clásico, al modo en que hay que entenderlo a pesar de las acometidas legales que sufre el cuerpo. Un Catedrático de Universidad es alguien que la sociedad reconoce en la cúspide del conocimiento. Él puede juzgar a otros, pero sólo Catedráticos pueden juzgarle a él. Mayor privilegio, imposible. El ejercicio de ese *status* tiene serias responsabilidades, y Miguel siempre ha sido plenamente consciente de ello. Nadie le regaló su Cátedra; incluso tuvo que pelear fieramente por ella. Miguel conoce el sinsabor de la derrota,

que es la forja de los grandes hombres. Porque siempre, como Catedrático y fuera de la Cátedra, nadie le ha regalado nada a este hombre. Todo lo ha ganado con su enorme esfuerzo y con su enorme talento. Conoce los éxitos y las derrotas; entre unos y otros ha desarrollado su vida. Y con ellos sigue conviviendo.

A pesar de su profundo clasicismo como Catedrático, sin embargo, Miguel ha ejercido su Cátedra con dos estilos que le alejan claramente de esa dimensión también clásica del mando autoritario e indiscutible del ejercicio catedralicio. Y es que Miguel ha sido siempre un clásico Catedrático totalmente heterodoxo. En primer lugar, destaca su accesibilidad para todos, grandes y chicos. Nunca ha puesto Miguel barreras a alguien que quisiese hablar con él, fuese quien fuese. Por todos se han interesado, por todos se ha preocupado, y, además, a nadie ha impuesto su forma de hacer ciencia, su ideología, o su perspectiva de vida, imposible de evitar en todo ser humano, incluyendo a los Catedráticos. En segundo lugar, más sorprendente si cabe, más heterodoxo aún, Miguel nunca ha sido exclusivista o malthusiano impidiendo que otros accedan a las Cátedras incluso de su Departamento. Es memorable todavía el choque dialéctico que Miguel tuvo un día, hace bastantes años, con Gonzalo Arnáiz, en la Junta de Facultad de Económicas de la UAM. D. Gonzalo sí era del estilo clásico que valora la escasez de catedráticos (y no está mal el enfoque, no se crean). Y mientras Miguel pugnaba por mover plazas de manera que creciese el número de Catedráticos en su Departamento, el profesor Arnáiz le espetó que por qué hacía eso, que ya había entonces muchos Catedráticos en su Departamento (cosa que era verdad). A lo que Miguel respondió que no, que su objetivo era que *todos* fuesen Catedráticos, lo que fue totalmente incomprendido por todo el mundo, y aún lo es.



Miguel Beltrán, junto a José Juan Toharia, Catedrático y compañero de Departamento durante muchos años

Un Catedrático es, ante todo, un profesor. Y Miguel es todo un espectáculo como profesor. Entra a una clase con ímpetu, y sale como quien viene de una sauna, de lo que la ha trabajado. Su enorme capacidad docente, su claridad y contundencia, su fantástica capacidad de verbalización, le hacen ser uno de esos pocos profesores a los que uno escucharía durante horas. Pero, claro, desde su madurez intelectual y dirigida siempre a eternos jovencitos, la contundencia es de tal calibre que el público enmudece, cosa que a Miguel siempre le ha costado aceptar. Igual que ocurre con las tutorías, de las que fue uno de los pocos devotos y cumplidores. Siempre se ha extrañado Miguel de que le visiten poco sus alumnos. ¡A quién, con 20 o 21 años, se le va a ocurrir preguntar cualquier cosa al profesor Beltrán! Lo más seguro es que acabe sugiriéndole docena y media de lecturas totalmente imprescindibles lo que, como se sabe, suele hundir la moral de cualquier estudiante común. Le he conocido algunos casos extraordinarios de alumnos lo suficientemente masoquistas y de un nivel intelectual anormal a lo largo de los años; tres o cuatro, no más. Y esos disfrutaban con la tortura a la que eran sometidos desde la mayor de las inocencias.

Ya hay muchos Catedráticos de Sociología. Pero, con auténtica solera, más bien pocos. No daremos nombres para no ofender. Sólo daremos el de Miguel Beltrán, claro. Miguel es un Catedrático muy buscado para componer Tribunales de Tesis y Mesas varias de las muchas cosas que organiza nuestro gremio. Porque es un valor seguro, porque se prepara las cosas, porque no deja cabo suelto ni da puntada sin hilo, y porque el resultado final siempre será más que brillante, espléndido. Miguel es una autoridad. Y no es fácil serlo. Uno se puede empeñar mucho en conseguirlo, pero sólo se alcanza si los demás te otorgan ese privilegio. Como lo era Murillo, de ese mismo estilo. Y no sólo entre sociólogos, sino mucho más allá, en otras áreas científicas mucho más diversas. Son ya muchos años de ver con qué cariño y con qué respeto tratan a Miguel nuestros colegas los economistas en los pasillos de nuestra Facultad, y a diario.

6. EL MIEMBRO DE LA ESCUELA MUDEJAR

Parece que fue Carlos Ollero quien denominó como *Escuela Mudéjar* al grupo de politólogos y sociólogos relacionados intelectualmente con Luis Sánchez Agesta y Francisco Murillo, en la herencia directa de Enrique Gómez Arboleya. Una escuela granadina de granadinos y allegados, a la que yo también pertenezco y no porque naciese en Jaén, sino porque me los encontré en Madrid, la tierra de acogida de todos. Como ya dije antes, Miguel Beltrán acompañó a Luis Sánchez Agesta como primer Rector de la nueva Universidad Autónoma de Madrid que se creó en 1968, y lo hizo en calidad de lo que hoy sería el Secretario General. Siempre mantuvo Miguel con D. Luis una estrecha relación de discipulaje, de respeto y de cariño. Sin embargo, la auténtica relación discipular fue la que mantuvo con Francisco Murillo hasta su muerte, y aún después de ella.

A la Escuela Mudéjar le ocurre lo que le pasa a cualquier agrupación informal de individuos en cualquier ámbito de la vida social: que no existe vista desde dentro, pero que, a la vez, es temible, cerrada y hasta opaca vista desde fuera. Claro, al final, no es ni una cosa ni otra; por lo menos al completo. Sí es cierto que ha sido y es una red relacional espléndida; en cuanto a personas y, también, en cuanto a calidad intelectual. Los que nos metimos en ella tan jovencitos quizá no nos percatamos de lo importante que era para nuestra propia formación. Esto se aprecia mejor viendo lo que les ha pasado a otros que carecían de una red similar. No ha actuado esta Escuela de manera especialmente ejecutiva, por ejemplo, en la promoción de sus miembros. Aquí se exagera mucho, y se podrían dar muchos ejemplos de que es cierto lo que digo. Pero, al final, lo realmente válido ha sido que nos ha permitido criarnos intelectualmente, avanzar y progresar en un caldo de cultivo de una gran calidad personal e intelectual. Miguel, situado quizá en la segunda generación de la Escuela, es un magnífico ejemplo de lo que son sus valores más importantes.

La tolerancia, la diversidad ideológica, la permisividad incluso cuando se trata de desarrollar una idea o de seguir una línea de trabajo, la falta de imposición, la aceptación de lo que hace el otro sin criticarlo tan siquiera. Es, sin duda, un caso singular dentro de las múltiples Escuelas que ha habido en la vida universitaria española, y que habrá en el futuro. Una Escuela sin disciplina interna, sin normas ni criterios internos; severa intelectualmente, donde la única censura posible, si es que cabe utilizar esa palabra, es la censura de calidad intelectual. En ella han cabido liberales, comunistas y socialdemócratas; y hasta alguno con espíritu claramente anarquista. Daba igual porque así no se valoraba. Quizá por eso era un fenómeno hermoso. Quizá por eso Miguel es como es; de ahí su tolerancia y apertura de miras. Un caso raro, sin duda.

En este punto concreto, puesto que mi perspectiva sobre Miguel Beltrán está localizada en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid, no quiero olvidar la relación que Miguel ha mantenido siempre con José Jiménez Blanco. Se trata de una relación muy especial, de una enorme admiración, cariño, apoyo y respeto intelectual mantenido a lo largo de muchos años y, lo más importante, en ciertos momentos personales difíciles.

7. EL DISCÍPULO DE MURILLO

Como decía, Miguel Beltrán se ha considerado, y lo sigue haciendo todavía, discípulo de Murillo. Los jóvenes quizá no entiendan el auténtico significado de eso, a fuer de una modernidad mal entendida. Significa aceptar y reconocer una maestría en alguien, un reconocimiento permanente de superioridad intelectual y científica, el reconocimiento de una autoridad intelectual. Pero también significa el establecimiento de una especial relación personal, incluso familiar, de una enorme riqueza. Esa es, en pocas palabras, la relación entre maestro y discípulo. Y esa es la relación que Miguel ha tenido siempre con Murillo. La verdad es que es tan buena la costumbre y la forma de operar; está tan probada su eficacia desde que el mundo es mundo que es una auténtica pena que ahora, cuando más se ha desarrollado la ciencia y hay muchos más científicos, se haya debilitado esa relación hasta hacerse casi invisible e inexistente.



Miguel Beltrán en un acto académico

En este caso concreto de Miguel se seguían los cánones habituales, que también se han perdido ya. Miguel llamaba a Murillo de *D. Francisco*, y él le devolví el trato con el personalizado de *Miguel*. Al uso clásico de Murillo, era muy difícil, o casi imposible, que D. Francisco llegase a tutear al discípulo. Era una muestra suprema de confianza y de reconocimiento. Yo, por ejemplo, nunca lo conseguí. Siempre nos llamábamos de usted. Yo nunca alcancé el grado supremo de esa confianza.

Con su enorme capacidad de gestión, Miguel ha cuidado extraordinariamente bien la dispersa obra de su maestro Murillo. De hecho, tenemos que agradecerle que hoy podamos acceder a sus principales escritos porque se tomó la molestia de reunirlos convenientemente. Lo hizo en dos golpes. En primer lugar, en los años 1987 y 1988, en los denominados *Ensayos sobre sociedad y política*. Fueron dos volúmenes en los que Miguel Beltrán figuraba como lo que era, esto es, como editor, y publicados en la editorial Península. Más tarde, en 2006, volvió a actuar de la misma manera recopilando algunos de los escritos más fantásticos del maestro en el libro titulado *Nuevos ensayos sobre sociedad y política*. El libro lo editó el CIS, como no podía ser menos. Esta tarea recopilatoria no fue nada sencilla, y estaba basada en la enorme confianza que Murillo tenía en Miguel. Me consta que tuvo que arrancarle, literalmente hablando, su autorización para publicar algunos de esos textos. Y eso sólo se hace bien cuando existe una relación de intimidad bien establecida.

8. SU OBRA

Catedrático jubilado de Sociología, es Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Madrid. Premio extraordinario tanto en la Licenciatura como en el Doctorado, cursó estudios de postgrado en Sociología en la Universidad de Yale (Estados Unidos), graduándose en ella con un Master of Arts. Fue Director del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro de su Junta de Gobierno.

En investigación se ha interesado tanto por la teoría sociológica como por la indagación empírica, ocupándose de cuestiones epistemológicas y metodológicas, así como de sociología del conocimiento y de la ciencia y del papel del lenguaje en la vida social. Ha trabajado sobre distintos aspectos de las Administraciones públicas, así como sobre cuestiones de desigualdad y estructura social. Ha sido miembro del Consejo de Redacción de la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, del de la Revista Internacional de Sociología, del Consejo Editorial de la Revista Española de Sociología, así como del Jurado del Premio Europeo Amalfi para la Sociología y las Ciencias Sociales.

Fuera de España ha sido associate fellow en la *London School of Economics*, e investigador invitado en el *Institut d'Etudes Politiques* de París y en el *Istituto sui Problemi dello Sviluppo* de Catania (Italia). Y ha impartido cursos regulares y conferencias, entre otras, en las Universidades de Florencia, París, Augsburgo, Bochum, Lisboa, Brasilia, Bogotá, Lima, Santiago de Chile y Veracruz.

Ha publicado los siguientes libros:

- *La élite burocrática española* (Ariel, Barcelona 1977)
- *Ciencia y Sociología* (CIS, Madrid 1979, 1988, y 2001)
- *Ideologías y gasto público en España (1814-1860)* (Instituto de Estudios Fiscales, Madrid 1977)
- *Los funcionarios ante la reforma de la Administración* (CIS, Madrid 1985)
- *La realidad social* (Tecnos, Madrid 1991, 2ª edición en 2003)
- *La productividad de la Administración española* (Ministerio de Economía, Madrid 1991)
- *Sociedad y lenguaje: una lectura sociológica de Saussure y Chomsky* (Fundación Banco Exterior, Madrid 1991)
- *La acción pública en el régimen democrático* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2000)
- *Perspectivas sociales y conocimiento* (Anthropos, Barcelona 2000).
- *La estructura social* (Ariel, Barcelona 2004).
- *Burguesía y liberalismo en la España del siglo XIX* (Ed. Universidad de Granada, Granada 2010).

9. EL PROFESOR EMÉRITO

Por fin, lo inevitable y, no por ello, susceptible de la más intensa crítica. La jubilación. A Miguel lo jubilaron al inicio del curso 2006-2007. Sobre él cayó la absurda guillotina legal por haber cumplido una determinada edad, y, de un día para otro, dejó de ser Catedrático de Universidad y lo convirtieron en pensionista. De un día para otro, sin pedirle permiso ni opinión, la estúpida y absurda legalidad laboral le redujo sus ingresos mensuales a la mitad, y lo expulsó legalmente del sistema educativo. Eso ocurrió en el tránsito del día 30 de septiembre al 1 de octubre de 2006.

Para estos casos, la Ley y las Universidades tienen un dispositivo que se aplica con cuentagotas merced al cuál el jubilado puede transformarse en otra cosa; en Profesor Emérito. Después de un trámite absurdo en el que se incluye la petición del mismo interesado y la obligación de que él mismo argumente sus méritos y razones (sic), se le puede conceder ese rango durante un período corto de tiempo. Eso sí, podrá ostentarlo ya con carácter vitalicio, según la Ley. Y así fue como Miguel Beltrán se transformó en lo que ahora mismo es y será ya siempre: Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Madrid.

Pero para todos nosotros, los del Departamento de Sociología de la UAM y para las decenas y centenas de colegas y amigos y discípulos que tiene, nos bastará con decir Miguel Beltrán. Y con eso evitaremos las trabas burocráticas que él tanto ha estudiado. Hasta aquí y siempre más, mucho más. Gracias al maestro y al amigo. Gracias por tantas cosas.